

QH305

L4

---

ES PROPIEDAD

---

---

3.580—Tipolit. L. Faure, Alonso Cano, 15, Madrid.—Teléfono 2.056.

## PREFACIO

DE LA TERCERA EDICIÓN FRANCESA

---

He publicado este año un *Tratado de Biología*, en el que he procurado establecer un enlace entre las cuestiones más diversas de la historia de los seres vivientes; la Biología no podría, en efecto, ser considerada como una ciencia aparte si no se la definiese diciendo que es *la mecánica de las ciencias naturales*. La «Teoría de la vida», á cuya tercera edición hemos llegado ya, era un primer ensayo de dicha mecánica, y la reproduzco en su forma primitiva porque no repite el «Tratado de Biología»; contiene, mucho más desarrolladas y consideradas desde un punto de vista más elemental, un pequeño número de las cuestiones fundamentales en dicho Tratado expuestas con una concisión algo escueta; es, pues, de más fácil lectura y más accesible á los principiantes. Además, no se eleva á cuestiones técnicas demasiado árduas, como las relativas á los fenómenos figurados de la célula, que, por otra parte, no se hacen indispensables en la comprensión de la naturaleza misma de los fenómenos vitales. Casi diría que el estudio de la carioquinesis no

es más útil, en la investigación de la esencia de la vida, que el de la forma de las llamas en la explicación de las combustiones. Esta simple comparación de la vida con un fenómeno, la llama, cuya naturaleza química produce y dirige la morfología, induce á subordinar todas las manifestaciones morfológicas á las reacciones de que dependen. En la introducción de este mismo libro he conciliado ya el error vitalista y la teoría flogística; aún puede acentuarse más esta conciliación y clasificar los fenómenos vitales en las reacciones químicas que, como la llama, *hacen morfología*. Y esto basta para demostrar que el estudio de los elementos figurados no se hace indispensable á los que se preocupan solamente de la esencia de los fenómenos vitales.

*Typlad, Agosto de 1903.*

## PREFACIO

DE LA SEGUNDA EDICIÓN

Durante los cuatro años trascurridos desde la publicación del presente volumen, he podido aplicar á las cuestiones más diversas de la biología general los principios deducidos en 1896 del estudio de los solos seres unicelulares. Y esto no era inútil. Los fenómenos biológicos son tan numerosos que se hace imposible, cuando se quiere establecer una ley general, tener en cuenta á la vez todos los hechos determinados por la ciencia; es necesario contentarse, como punto de partida, con un corto número de observaciones, las más sencillas y seguras que existen. Pero, entonces, no es cierto *à priori* que las reducidas leyes de ese limitado número de observaciones sean *generales*; nos aseguramos de ello por comprobaciones ulteriores, y se hace imposible afirmar rigurosamente la generalidad de una ley biológica sin observar antes su aplicación á *todos* los seres vivientes en *todos* los casos. En la práctica, basta comprobar que la ley está de acuerdo con un gran número de hechos,

sobre todo de hechos de distinto orden que los que hayan servido de punto de partida.

Por un gran número de medios diferentes, he llegado á convencerme, pues, de la generalidad absoluta de los principios establecidos en esta obra; y, aún más, por simples deducciones lógicas, he podido llegar á *prever* hechos conocidos, muy diferentes de los que me habían servido desde un principio para establecer esas leyes generales. Hoy créome, pues, en condiciones para afirmar, con más autoridad, lo que afirmé ya hace cuatro años.

Otra ventaja he obtenido de ese trabajo de comprobación; he podido ligar más íntimamente los hechos y precisar, por una serie de aproximaciones sucesivas, ciertos puntos que había dejado primitivamente indeterminados. Así, me he convencido de que todas las grandes leyes biológicas, todas las que se aplican al conjunto de los seres vivientes, pueden ser descubiertas por el método deductivo, tomando únicamente como punto de partida la asimilación de las plástidas á la *condición n.º 1* y su destrucción á la *condición n.º 2*. Todos los fenómenos vitales, sean cuales fueren, se reducen á una sucesión ó á una superposición de dichas dos condiciones, n.º 1 y n.º 2.

La ley más aventurada de esta obra, la de la *asimilación funcional*, me ha valido numerosas censuras, ninguna de ellas capaz de resistir á un examen serio; por otra parte, esta ley que, en el presente volumen, la había enunciado *de golpe*, por decirlo así, demostrando que la *destrucción funcional*, admitida por todo el mundo, no está basada en nada, he hallado medio de *descubrirla* por el método deductivo, aplicando simplemente á los

elementos celulares del organismo la selección natural de Darwin (1); no creo que se pueda pensar en criticar de nuevo una ley establecida de esta forma, sobre todo si se quiere darse cuenta de que la ley opuesta á la *destrucción funcional* proviene *únicamente* de una ficticia comparación entre el organismo animal y las máquinas industriales que se desgastan funcionando.

En una serie de libros publicados desde 1896, he desarrollado cierto número de cuestiones de biología general que había apuntado apenas en la *Nueva teoría de la vida*. He consagrado al estudio de los epifenómenos de conciencia un pequeño volumen de la Biblioteca de filosofía contemporánea. (*El determinismo biológico y la personalidad consciente*, Alcan, 1897). La cuestión tan importante de la *herencia* la he tratado detalladamente en un volumen de la Biblioteca científica internacional (*Evolución individual y Herencia*, Alcan, 1898) que he completado después con un estudio más especial sobre la *Sexualidad* (2).

En la *Individualidad* (Biblioteca de filosofía contemporánea) he desarrollado la teoría de la vejez expuesta ya en el presente libro, y en ella atribuyo la fatalidad del envejecimiento á una acumulación progresiva de sustancias excrementicias sólidas en los tejidos. Después de la publicación de dicho libro, M. Metchnikoff ha emitido la hipótesis de que los fagocitos intervienen en la destrucción de los elementos celulares senescentes, pero, cualquiera que sea el valor que se dé á esta hipótesis, no

(1) Véase *Évolution individuelle et Hérité*, París, 1898.

(2) *La sexualité*, París,

hay en ella ninguna contradicción con mi teoría de la vejez, pues, según M. Metchnikoff, sólo los elementos senescentes son devorados por los fagocitos, y mi teoría explica cómo los elementos van siendo poco á poco senescentes.

En otro pequeño volumen de la Biblioteca de filosofía contemporánea (*Lamarckianos y Darwinianos*), he estudiado la formación de las especies vivientes y he tratado de hacer concordar las dos escuelas biológicas antagónicas, demostrando que los principios de Lamarck son una consecuencia de la *asimilación funcional*, que resulta de la aplicación á los elementos de los tejidos del principio de Darwin.

Todas esas obras más recientes han sido escritas conforme al método de la *Nueva teoría de la vida*, y sigo estando convencido de que ese método deductivo es á la vez extremadamente científico y eminentemente fecundo.

FÉLIX LE DANTEC.

París, Julio de 1900.

## NUEVA TEORIA DE LA VIDA

---

### INTRODUCCIÓN

---

Nadie hay absolutamente indiferente á las cuestiones que provoca el estudio de la vida; cada cual tiene sobre este punto ideas más ó menos firmes, cada cual ha tratado con más ó menos perseverancia de conformarse al precepto del filósofo: Conócete á ti mismo. Existe una imperiosa necesidad de comprender á la que nadie puede sustraerse, y, para satisfacer esa necesidad, los que no tienen tiempo de dedicarse á largas meditaciones, han debido adoptar una doctrina enteramente formada que les parece suficiente. Tal doctrina, naturalmente la más sencilla en apariencia, ha prevalecido tan universalmente que se encuentra hoy en el lenguaje, y no podemos hablar ya sin conformarnos con ella: «*Un perro es un cuerpo dotado de vida; un cadáver de perro es un cuerpo privado de vida; un perro que muere pierde la vida. La vida es algo que obra en virtud de la materia y que, no obstante, no depende de ésta.*».

Esto admitido, es muy fácil expresarse; hay lo suficiente para comprenderse; ó, á lo menos, así se cree; el espíritu queda satisfecho.

Antes, las combustiones, la llama, extrañaban mucho. Casi un siglo antes del descubrimiento del oxígeno, Stahl imaginó un principio impalpable, el *flogístico*, del